

963

San Bernardo, 14 de Noviembre de 1942.

Sr. Don  
Guido Folch.  
Presente.-

Estimado amigo:

Sólo ahora puedo contestarte tu muy apreciada del 30 de Octubre pasado. Perdona tan extensa demora, e igualmente, que haya dejado sin respuesta escrita tu carta anterior. Fué tan tanto el trabajo y tantas las preocupaciones que tuve que soportar en los quince días que duró nuestra campaña y aun en algunos de los subsiguientes, que no gocé de otros momentos desocupados que los indispensables para reponer el cansancio. Después hube de concentrarme en mis actividades profesionales, que tenía abandonadas con grave daño, y por desgracia me he visto entorpecido en ellas por una fuerte gripe que me tiene en cama. Aprovecho las horas desocupadas que aquí tengo ahora, las primeras de que puedo disponer libremente desde hace cerca de un mes, para dar respuesta por conjunto a tus dos amables cartas.

Quiero, antes que nada, agradecerte tu colaboración, tan espontánea como sincera. Nadie te pidió que estuvieras a nuestro lado; pero tú, encendido por tus ideales que creíste ver interpretados por nosotros, fuiste a exponerte con los estudiantes a los palos de los carabineros y las piedras y cuchillos de los contramanifestantes, y a gritar a voz en cuello las estrofas del Himno Nacional. Has dado un ejemplo para la mayoría de nuestra juventud indiferente y fría.

En cuanto al movimiento mismo ¿qué más he de decirte después de todo lo que públicamente afirmamos, yo y mis demás compañeros, sobre su carácter y naturaleza?.- Sé que para muchos hicimos más en terminarlo. Sé que hay descontentadizos que se han sentido traicionados. Sé que nuestra conducta -la de los dirigentes- y en especial la mía, han sido acerbamente criticadas por muchos de los que nos siguieron. Respondo a todos ellos con el silencio. Tengo la convicción de haber obrado en la mejor forma y cada día que pasa me afirmo más en la idea de que cualquier otro modo de conducir el movimiento podría haber sido fatal. Estoy seguro que todos los que juzguen serenamente las cosas, sin dejarse influenciar por intereses ni pasiones, terminarán por estar conmigo y comprenderme.

Nuestro gesto estudiantil no fué más que una clarinada. Nunca pretendió ser más que eso, ni debió, ni pudo serlo buenamente. En mi carta a Millas, que te acompañó en copia aparte, conforme a tu pedido, explico claramente cómo y por qué nació el llamado Movimiento Pro Dignidad de Chile. Se trató sólo de hacer una manifestación romántica, una expresión de entereza, un saludo a la bandera. Se trató de salvar el principio de nuestra dignidad de pueblo libre con un gesto simbólico. En este propósito común nos unimos gentes de las tiendas más dispares, de los caracteres y las ideas más opuestas. Un entusiasmo original y repentino nos conmovió a un grupo de no más de veinte, e improvisamos de la noche a la mañana, en menos de veinticuatro horas, la primera manifestación frente a la Embaja-



jada Americana. No teníamos entonces trazado ningún plan y solo habíamos resuelto que cada día iríamos decidiendo, según las circunstancias, lo que se haría en el siguiente. Jamás pensamos en una obra trascendental; en obtener un resultado; en hacer un movimiento organizado y permanente. Ni siquiera se nos ocurrió la idea, y si la hubiéramos vislumbrado, habría sido desechada sin duda por impracticable. Eramos un conglomerado heterogeneo que estaba unido por ese contacto único tal vez, que creaba entre nosotros nuestra reacción común ante el incidente Welles y sus consecuencias en Chile. Por lo demás, todo o casi todo nos separaba a unos de otros. Aún respecto de las propias manifestaciones que hacíamos, no abrigábamos ilusiones en cuanto a su utilidad. No esperamos explicaciones. Sabíamos que, por angas o por mangas, algún día tendríamos que dejar de cantar. Sabíamos que era estúpida una majadería eterna; que aún una prolongación exagerada nos perjudicaría en vez de favorecernos, y que crearía nuevas dificultades al Gobierno de Chile. Así partimos, tal como te lo he dicho, a hacer un romántico saludo a la bandera, bullicioso y juvenil, enérgico y digno. Nada más.

Tu ya sabes lo que pasó. La chispa de nuestra primera manifestación encendió una hoguera que cundió. La segunda fue ya bastante grande... Pero junto con el éxito, nacieron las dificultades. Entre los muchos que llegaron a unirse con nosotros no faltaban los que tenían un interés propio que explotar, una consigna que hacer pública, una pasión mezquina que satisfacer. Empezamos a correr el riesgo de que nuestro movimiento se desvirtuara. Se confirmaba lo que desde el principio habíamos sabido: estábamos jugando con fuego. No nos arredramos, sin embargo. Contra viento y marea, seguimos adelante, sosteniendo firme el timón que las olas pretendían llevar de un lado para otro. Sostuvimos una lucha tremenda, que me costó un desgajete del que tardaré en reponerme. Pudimos darnos por satisfechos con la entrevista con el Embajador Bowers. Ese era ya un triunfo. Y lo era más el haber sabido entonces que el Gobierno Norteamericano había dado al de Chile explicaciones. Buenas o malas, públicas o privadas; era cuestión accesoria; el hecho es que habían explicaciones, que el Embajador nos lo declaraba y nos explicaba a nosotros, publicamente, que no había existido ánimo de ofender al Gobierno ni al Pueblo de Chile. Si nosotros hubiéramos dado por terminado entonces nuestro gesto, nadie podría en justicia habernos tildado de inconsecuentes, traidores ni cosa parecida; habríamos actuado plenamente dentro de los objetivos iniciales que nos propusimos, y habríamos concluido, evidentemente, con un triunfo. Pero todos pensamos que podíamos llevar la cosa más lejos para aprovechar ese triunfo y obtener con él otro mayor. Solo que para conseguirlo así era preciso mantener la disciplina a toda costa; era preciso que no desnaturalizara ni por nada la naturaleza de nuestra actitud. Muchos no quisieron entenderlo; pero felizmente nos impusimos. Y estoy seguro que el puerto a que llevamos nuestras manifestaciones, al terminarlas en la forma que tú conoces, fué la mejor coronación y el más grande éxito. Demostró, en efecto, a pesar de todo lo que en contrario se diga, que cuál era el sentido original de nuestro gesto y cómo el representaba realmente un sentir colectivo del pueblo de Chile.

Tal cual había nacido, con sus objetivos originales y su virginidad intacta, no podía seguir ni un día más.  
¿Debimos aprovechar sus fuerzas para orientarlas en una nueva obra?

Un momento me pareció que sí; pero muy pronto me con-



del error que ello habría significado. Había para hacerlo una triple imposibilidad que paso a exponerte.

Imposibilidad física, porque un movimiento de envergadura no puede improvisarse; debe ser preparado latamente. Se improvisa una manifestación callejera; no un movimiento espiritual de opinión. Hay que construir un sistema de ideas. Hay que meditar previamente. Hay que trazar objetivos comunes y planes de combate. Nada de eso estaba hecho, y nada de eso puede hacerse sino en varios meses de trabajo. Y es natural pensar que no podíamos limitarnos a hacer un movimiento hueco de gritería callejera insubstancial, ni tampoco habíamos de contentarnos con ir al fracaso tras ideas poco meditadas.

Imposibilidad espiritual, porque entre nosotros había elementos que en ninguna campaña de envergadura espiritual podremos estar juntos, pues nos separan diversas concepciones de vida, diversas maneras de ser, diversos ideales fundamentales, totalmente opuestas entre sí. Fascistas y democráticos son como el aceite y el agua, y si objetivos concretos y precisos pueden unírnos en determinado momento, en una gran empresa destinada a orientar la opinión nacional frente a los fundamentales problemas de Chile no podremos marchar del brazo.

Imposibilidad moral, porque si aprovechábamos nuestro gesto y el prestigio en él adquirido para invertirlo en otro inmediato, se diría con razón que hicimos el primero sólo con miras al segundo, persiguiendo un objetivo interesado.

Estas razones me decidieron a alejarme; no obstante todas las argumentaciones que expones en tu carta, que poseí debidamente. Otros han pretendido encauzar hasta ahora diversos movimientos, aprovechándose de nuestras fuerzas. Hasta aquí han fracasado, y su fracaso es la mejor prueba de que hicimos bien al retirarnos.

Es cierto que el país necesita con urgencia la acción de elementos sanos y puros, jóvenes y entusiastas, desinteresados e idealistas. Pero no requiere cualquier acción; requiere una acción consciente y adecuada. La acción por la acción no sirve para nada; ~~maxprax~~ la acción es un simple medio de obtener un fin. Es preciso, pues, determinar previamente los fines y luego encauzar la acción de modo que conduzca exactamente a esos fines preestablecidos y no a otros. Los jóvenes tenemos obligación de actuar; pero tenemos el deber de hacerlo preparados. La acción de los incapaces es más perniciosa que la inacción. Hay que prepararse previamente; hay que capacitarse. Este es nuestro primer deber.

Personalmente, paso por un período de depresión física y psíquica de que necesito reponerme. Luego, me dedicaré con varios compañeros a la tarea de ordenar las ideas para un movimiento estudiantil en grande. Acaso a principios del próximo año podamos hacer algo.

He sido deliberadamente extenso en mi respuesta, para darte todos los elementos necesarios para que juzgues por tí mismo. Piensa, y hallarás que tengo la razón. Y si tus ánimos de acción se contienen hasta que nazca un movimiento pleno de contenido histórico y no de una sonoridad vacía, me será altamente grato que colaboremos juntos.

Con las seguridades de cordial estimación, me es grato suscribirme como tu amigo y S.S.